

vastado el último grupo de proscriptores para recuerdo del nombre francés.

Ya se ha dicho, y es preciso repetirlo hasta la saciedad: el que usurpa la dictadura, la prepara contra sí, y de este modo cada pretendiente á la salud pública, pisoteará la ley para escalar el poder. Ahora bien: ¿qué es hollar de este modo la ley? Es precisamente restaurar lo arbitrario, que se intentaba destruir, inaugurando el régimen de la democracia.

Y no se diga para justificar la violacion de la ley, que la legalidad mataria la democracia; que gozando el pueblo del sufragio universal, votaria contra su propia soberanía, y que es preciso sujetarle las manos para precaverle del suicidio, salvo, empero, soltárselas mas tarde, cuando haya vuelto á la razon.

Pero si un pueblo, despues de haber demostrado el heroismo de llevar á cabo una revolucion, no tiene el valor de defenderla con su sufragio el dia del escrutinio; si por debilidad, ó por ignorancia, abandona su obra y se deja arrebatarse su libertad, es evidente que ni su carácter ni su espíritu están á la altura de su mision. No hay medio alguno divino ni humano para obligarle á ser libre á su despecho, y por otra voluntad que no sea la suya. La doctrina de la salud pública será tan impotente como todas las demas doctrinas para librarle de su abdicacion ó de su inercia. Arrojándole una víctima á cada hora, ó un decreto de proscripcion, no se le dará ni una sola idea, ni una sola virtud mas de las que posee: al contrario, no se hará sino confirmar mas su ineptitud y su desfallecimiento.

Solamente la tentativa, aunque abortada, de una democracia, deja siempre un rastro tras sí: cuando se ha probado una vez la libertad, persiste el deseo de conquistarla, y un dia ú otro se logra realizar este deseo; porque la libertad no es ninguna inspiracion de una hora que debamos cojer al paso ó perder para siempre. No, es una ley del tiempo; la enseñanza adquirida de la historia puede desaparecer un momento por mala inteligencia; pero la misma ley que la puso una vez en escena, volverá á presentarla siempre con probabilidades de éxito, tanto mayores, cuanto su nombre esté puro de toda mancha de sangre que pueda turbar la tranquilidad de la conciencia. Si cae la democracia, hágalo al menos con toda la nobleza de su principio: este se encargará de levantarla. Confíemos para ello en el tiempo, y mientras tanto, mostrémosla bajo su verdadera figura, para darla á conocer y conquistarle cariño; porque el rostro de la democracia no ostenta la máscara de Gorgona, sin una sonrisa de paz y bienandanza.

CAPÍTULO III.

La razon de Estado.

I.

La diferencia entre la salud pública y la razon de Estado, consiste en que la una toma el poder para restituirlo, y la otra para guardarlo; pero ambas pretenden igualmente reinar en nombre del pueblo, sin concederle parte alguna en el gobierno.

En todos los abortos de revolucion, la razon de Estado sucede generalmente á la salud pública. Si un pueblo llega al extremo de aventurar el todo por el todo en una revolucion, será probablemente para gozar mejor vida que la que ha pasado.

La Francia, al reunirse los Estados generales, llevaba aun abiertas sobre su cuerpo las sangrientas heridas del régimen antiguo. Tenia, pues, desde un principio la Revolucion toda la energía del resentimiento, y toda la magia de la esperanza. Hacia su entrada en la libertad con la ilusion de un corazon virgen: creia ingénuamente ver en perspectiva un Edén en que solo presidiria el derecho. No mas privilegios: á cada cual lo suyo, y por consecuencia la paz y la prosperidad del pais. Por esto, al llegar la fiesta de la Federacion, obreros, fabricantes, habitantes de las ciudades y de las aldeas, todos los ciudadanos, en fin, dándose las manos, bailaban alegremente la *farandola* en derredor del árbol de la libertad.

¿Quién habría sido capaz entonces de detener el impulso de la Revolución? Su idea se había extendido hasta más allá de las fronteras. Desde todos los países en que alguno había contraído la costumbre de pensar; en cualquiera idioma que fuese, se dirigían á la Revolución mil saludos simpáticos; porque consideraban en ella, á más de la suerte de un pueblo, el destino de todas las naciones de Europa.

En desquite seguían los reyes con mirada de despecho el mal ejemplo de una nación que se atrevía á reinar por sí misma, sin consideración al derecho divino, y un día estos señores coronados, reunidos en la caverna de Pilnitz, acordaron intervenir en Francia y sujetarla á un saqueo.

II.

En aquel momento, una especie de divino furor, el alma entera de un pueblo provocado, penetra en el corazón de un joven hasta entonces desconocido, y le dicta el plan de batalla de la Francia contra la coalición; vuela por los aires un himno de guerra, y un millón de voces lo repiten antes de conocer á su autor. *¡Marchemos hijos de la patria!...* Y al escuchar esta voz desconocida, un ejército improvisado por el entusiasmo se precipita á las fronteras.

Una mañana de noviembre en que el cielo está cubierto de densas nubes, la hueste republicana encuentra al ejército enemigo formado en batalla encima de una altura, y resguardado por un cuádruple parapeto erizado de baterías; pero tiene fé en la Revolución; jura vencer sobre sus estandartes, en los que no se lee más que una divisa, y no aguarda más que la victoria. El ejército visón entona en coro el verso: *¡Sagrado amor de la patria!* y entonces, reductos, cañones, balas, metralla, fuegos de toda especie, nada la detiene: todo esto no existe para él, ó se derrumba al ímpetu de su ataque. Entusiasmado por el canto de la *Marsellesa*; escalando á la carrera los abrasados senderos de Jemmapes, y apagados los fuegos de esta montaña, aquel ejército desafía desde su cima al mundo entero con el grito de libertad.

Las tropas republicanas siguen siempre adelante. A los soldados les faltan víveres y zapatos: ¿qué importa? Llegan descalzos á Wissembourg: en ayunas llegan á Fleurus. Tienen al frente generales hijos del pueblo, jóvenes y hermosos como el alba de la democracia; perfiles tiernos y graves; sencillos corazones; en efecto. El mando para ellos no era sino el derecho de morir en primera fila, y de penetrar en las masas enemigas para rescatar el hollado territorio. Estos generales marchaban al fuego sin más insignia que una banda de lana; el uniforme desabrochado;

el pecho descubierto, porque allí sentían la inmortalidad de la idea, y presentaban sin temor esta idea á las bocas de los cañones.

III.

Empero, de improviso cambia la escena: la Revolución triunfante en el exterior, se despedaza á sí misma y se destruye en familia. La desastrosa política del Terror lleva la sospecha al corazón de la Francia, y convierte el país en un matadero: la carnicería reemplaza á la *farandola*. La Francia ya no se conoce á sí misma, ni tampoco reconoce la Revolución. Había soñado la libertad, y en lugar de ella no ve más que una calcetera, sedienta de sangre, aullando al rededor de un abrevadero. Había soñado la abundancia, y en lugar de las riquezas prometidas, no tiene en la mano sino un asqueroso papel-moneda. Había soñado la paz, y cada día contempla al que ayer era poder llevado al suplicio sobre la fatal carreta. Entonces se pregunta con tristeza: «¿De qué han servido mis sacrificios?» Y echa sobre el pasado una mirada retrospectiva.

La clase inteligente, hastiada de un *¡quién vive!* continuo, da la señal de *¡sálvese el que pueda!* Cerrada la puerta de su habitación, vive incomunicado cada uno en su casa, sin demostrar más interés en los negocios públicos, que el que tomaría por una monótona tragedia, que tiene el inconveniente de prolongarse demasiado. De todo aquel generoso movimiento de 1789, no queda más rastro que un espíritu público debilitado, y una nación hecha pedazos.

En vano el Directorio ensaya una política de conciliación: desmoralizada la Revolución, se pronuncia en favor de la contra-revolución, para confiarle de nuevo el poder. Ya se acabó la República: por haber infringido la legalidad ha perecido legalmente. Es preciso llamar al ejército en su ayuda; y cuando el ejército ha puesto su mano sobre la representación nacional, abajo la libertad: haced paso á la espada.

IV.

El poder de la nación está vacante; el más atrevido lo cogerá. Había precisamente en aquella época cierto general, construido como de molde para aligerar al pueblo del peso de su propia soberanía. Al contemplar su dilatada fisonomía huesosa, modelada sobre el perfil florentino de la del Dante ó Maquiavelo; su tez bronceada y su mirada de águila, se reconoce en él un genio de fuego, una voluntad á toda prueba, y la vocación del mando absoluto.

Jamás hombre alguno apareció mas á propósito y halló mas espedito el camino para adquirir un lugar distinguido en la historia. La Francia está desierta; Carnot proscrito; Lafayette en un calabozo; Moreau es objeto de sospechas: nadie absolutamente levanta la cabeza. Bonaparte solo sostiene el nombre de la República, y desde la cima de su fama ya su imaginacion es dueña del poder.

La primera vez que tuvo tentaciones de dar un golpe de estado, fué la vispera de la batalla de las Pirámides. Aquella noche, pues, acostado en su tienda de campaña, la cabeza apoyada sobre el codo, reflexionaba sobre su destino, y como se preparaba á un combate, hacia sin duda su exámen de conciencia.

Las tropas duermen en el campamento: no se oye el menor ruido. El general solo ve el desierto en su derredor: encima fulgura la estrella que brilló sobre la cuna de Moises. Solo, enfrente de su lámpara, y en medio del silencio de la noche; en aquel momento en que únicamente Dios ve lo que pasa en la tierra, Bonaparte echa una mirada sobre la Francia, é invoca, no su génio como César, sino otro génio mas grande, el espíritu de la Revolucion, y una sombra vestida de luto, cubierta con un velo la cabeza, como la pitonisa de Eudor, se para ante él cual si quisiera hablarle.

V.

Sin temor de equivocarnos podriamos repetir palabra por palabra toda la conversacion que tuvo allí lugar, á pesar de no haberla escuchado.

¿Cuál era, en efecto, la voluntad de la Revolucion al asaltar la Bastilla? ¿Acaso se limitaba su deseo á una sustitucion del poder en cierto dia señalado, y á cambiar el inquilino que habitaba el palacio real? No: antes que todo, la Revolucion representaba el pensamiento de un siglo: se llamaba filosofía antes de titularse República.

Comprender la Revolucion, era comprender la filosofía, que es su madre, y que volverá á enjendrarla cuantas veces traten de ahogarla los tiranos. Hijo de la Revolucion, y engrandecido por ella, Bonaparte debía, pues, respetarla, tanto por agradecimiento como por interés. Viviendo de su propia vida, mas poderosa que ninguna humana, adquiria así una seguridad contra la inconstancia de la fortuna. En efecto, para atentar á su poder habria sido necesario derribar algo mas que un individuo, era preciso destruir una nacion.

Identificado con la Revolucion, como garantía de su propia existencia, no debía tener otra mira que contentarla, y hacer á toda costa su

voluntad. En primer lugar, ella habia deseado la libertad; de lo contrario ¿cómo se esplicaria la terrible partida que jugó contra la monarquía? ¿Para cambiar de despotismo? Despotismo por despotismo, era preferible quedarse con el antiguo: cuando menos se ahorra los gastos del traspaso.

La Revolucion se habia apoderado de la Bastilla para conquistar la libertad, y se habia batido en la frontera para defenderla. La libertad era la parte de la victoria que correspondia al pueblo. Privarle de su parte era separarle de la Revolucion; era despojarle de todo pensamiento patriótico. Se ama á la patria, no tan solo por ella misma, sino tambien por el derecho de ser ciudadano.

Despues de haber restablecido el orden con la libertad, único orden estable y duradero, Bonaparte podia decir á todos los partidos, sucesivamente proscritores y proscritos.

VI.

«Constituyentes, fuldenses, girondinos, jacobinos, nombres pasajeros de las alternativas de la Revolucion, el tiempo ha demostrado los defectos de todos vuestros sistemas de exclusivismo. Los mas notables de entre vosotros han muerto, y la Revolucion, horrorizada de su propia obra, de una á otra eliminacion llega hasta mí, afortunado soldado, obrero de la segunda hora, suplicándome la salve de sí misma y de toda la Europa coaligada contra ella.

»Llegado el último de todos á la escena; libre de toda participacion en vuestros errores, os ruego encarecidamente que os reconcilieis en mi nombre, como sobre un terreno neutral, al grito de ¡viva la Revolucion! nuestro punto de partida, y en el nombre de la libertad, nuestro mútuo principio. Vosotros sacrificasteis la libertad por temor al desórden; vosotros la sacrificasteis ante el peligro de la patria: todos os equivocabais. Tened confianza en mí, y os prometo, á los unos la inviolabilidad del domicilio, y á los otros el respeto á nuestras fronteras, y una vez terminada mi tarea, iré á la sombra de una higuera, como el patriarca de Mont-Vernon, á contemplar los últimos reflejos del sol de mi vida hundiéndose en el ocaso.»

VII.

De esta suerte Bonaparte habria establecido una nueva forma de gobierno, una democracia presidida por un *statouder* mas ó menos reeli-

gible. Crear es un honor seguramente: ¿qué digo un honor? es la obra maestra del génio. ¿Con qué señales reconoceremos á un génio como no sea por su originalidad? Y la originalidad, ¿en qué consiste sino en la produccion de un nuevo orden de cosas, ó lo que es lo mismo, en apoderarse de la marcha del siglo; revivir por consiguiente en cada progreso de él, y asistir en cierto modo, desde el fondo del sepulcro, á las obras de la posteridad?

¿Cuál es en el dia la obra política, la obra social del pueblo americano, en que el espíritu de Washington no presida, lo mismo que Cristo preside al cristianismo? Cada vez que un americano echa sobre su patria una orgullosa mirada, repite en el fondo de su corazón: «Ahí está Washington;» porque una nación libre es la eucaristía viviente del fundador que le ha dado la libertad, y todos cuantos gozan de esta libertad conservan el recuerdo del que la ha conquistado.

Empero Bonaparte dió oídos á otra voz: comprendió su misión de distinta manera.

VIII.

Todas las revoluciones hay que dividir las en dos partes: la que corresponde á la idea, y la que pertenece al accidente. En un principio la idea reina por la sola fuerza de la verdad: ella renueva la Francia; publica la Constitución; proclama la igualdad; prepara el código civil; decreta la unidad del territorio, la unidad de medidas, la unidad monetaria y la unidad legislativa.

Pero cuando la nobleza, insurreccionada en la Vendée, ó coaligada con el extranjero, prueba á volver militarmente la nación al antiguo régimen, la Revolución, así atacada exterior é interiormente, se ve en la necesidad de trocar su carácter pacífico de filósofa, por el génio indómito del guerrero, para defender su conquista, y desgraciadamente, en el calor de la lucha, organiza un sistema de represión terrible como el rayo, completamente extraño á su primitiva idea.

De las dos revoluciones, accidental la una, orgánica la otra, ¿hacia cuál se inclinará Bonaparte? Elije, á punto fijo, la revolución armada, porque en ella ha vivido y en ella se ha educado. En cuanto á la revolución filosófica, siempre la trató con el desprecio de un soldado. Pudo haber escrito á su hermano, á quien sentara en el trono de Holanda: «Mi antecesora la salud pública;» pero jamás hubiera dicho: «Mi antecesor Voltaire.»

Hombre de acción sobre todo, sentía hacia el pensamiento una repul-

sión natural. Y en efecto, para un geómetra en las batallas, ¿de qué sirve la filosofía? Moral, justicia, derecho, progreso, todas estas cosas, ¿qué son? «Necesitamos un culto, decía, para librarnos de Kant y de Cagliostro.» Para él, Kant y Cagliostro eran una misma cosa.

IX.

En fin, el 18 Brumario arroja la República por la ventana, siempre al grito de ¡viva la República! Ascende á dictador, escoltado por dos cónsules; pero estos dos cónsules son dos muletas de que bien pronto se desprenderá. Sieyès redacta á su lado una Constitución llena de ingenio, y combinada para el uso y en provecho de su autor.

«Tiempo es ya de derribar al abate del trono de su metafísica,» dice Bonaparte, y corrige la Constitución, acomodándola á su propia imagen, á su uso personal.

Ya es soberano, sino por título, á lo menos de hecho; pero no tiene aun seguridad de serlo: por ahora, no pasa de general, distinguido por cierto; pero nada más que general. Pues bien: un hombre no es un gobierno; necesita algo más para legitimar la improvisación de su poder.

El día del golpe de Estado, dirigiéndose á los suyos, decía: «¡Seguidme, soy el hombre de la victoria!»

Pero la victoria, ¿qué es? Una legitimidad del momento.

Por otra parte, no era él el único general que había batido al enemigo. El ejército del Rin se conservaba fiel á la República, y un día ú otro podía efectuar un pronunciamiento. Bonaparte lo mandó á Santo Domingo para que echase en olvido su republicanismo.

Entonces se le antojó presentarse como el hombre del destino. «En mí había un príncipe, dijo: me sentía dotado de una fuerza irresistible para arrastrar al mundo al abismo de mi voluntad. Y el flamante príncipe se alojó en las Tullerías.

Al pisar las gradas del palacio: «No consiste todo en entrar, pensó: es necesario asegurar la permanencia.»

No era él, en efecto, el propietario inmutable del poder: no tenía más que la posesión, en virtud de un arrendamiento limitado: su título era únicamente provisional.

Allí donde el pueblo no gobierna, debe mandar la monarquía: lo demás no puede pasar de un interregno. Una autoridad constituida por un breve plazo, no es la paz, sino la tregua de los partidos.

Bonaparte empezó á dudar.

X.

Y como garantía contra el porvenir, acudió al tribunado, que otorgó á su favor un testimonio de agradecimiento.

¡Un testimonio!... ¿pero cuál? El tribunado dejó la frase incompleta. El Senado creyó adivinar la misteriosa palabra, y prorogó por diez años mas el poder del primer cónsul.

Bonaparte, recibió esta próroga con poco agrado.

«¿Juzgais que debo hacer un nuevo sacrificio en obsequio del pueblo? dijo: si lo creéis, estoy dispuesto á ello.»

El Senado conoció el error que había cometido, y volviendo á su primera deliberacion, le nombró cónsul vitalicio, con facultad de elegir su sucesor.

«¡Es demasiado!» exclamó Bonaparte, cuando supo este nombramiento.

Sin embargo, aquella dignidad no satisfacía su ambicion: se hallaba investido del poder de un rey vitalicio, con facultad, es cierto, de designar su sucesor; pero el derecho de designacion no es equivalente al de sucesion: el primero propone, el otro impone. Bonaparte palpó desde luego una prueba de ello. Había propuesto la paz á Inglaterra, y Lord Granville contestó, «que concentrado el gobierno consular en una sola persona, no era posible estipular una paz duradera sobre la base de la existencia de un hombre».

Al día siguiente replicó el *Moniteur* á Lord Granville: «En cuanto á la vida ó la muerte del primer cónsul, estas cosas, milord, están fuera de vuestro alcance.»

Empero, el vencedor de Marengo, haciéndose asegurar la vida por la Providencia, y revistiéndose casi con el título de eterno, no por eso dejaba de comprender toda la importancia de la objecion.

Siguió dudando.

XI.

Luego consulta con el Senado, y este le nombra emperador.

«Ya que me ofreéis la corona, dice, la acepto; pero guardaos de mi tiranía.»

Bonaparte hace en seguida un llamamiento al pueblo, y el sufragio universal ratifica el nombramiento del nuevo César.

En verdad, que despues de todo esto, podía considerarse como la encarnacion viva de la soberanía nacional; pero, ¿acaso el pueblo tiene el

privilegio de la *metempsychosis*? ¿Puede morir para sí, y pasar al cuerpo de un monarca? Napoleon se hizo esta pregunta sin poderse contestar.

Prosiguió en la duda.

XII.

Entonces quiso interesar á Dios en el poder que acababan de confiarle. Llamó al papa, y buscó en la consagracion un suplemento de legitimidad. Pero el derecho divino no era ya mas que una preocupacion, en uso solamente entre algunas ancianas devotas y unas cuantas cabezas encanecidas. En vano hacia colocar su nombre en el catecismo al lado del nombre de Dios, y disponia amenazasen con la condenacion al que le negase la obediencia.

Dudó siempre.

«¡Ay! dijo á Fontanes, no he nacido á tiempo. Ved á Alejandro: él pudo titularse hijo de Júpiter.»

XIII.

Napoleon, no pudiendo decretar su propia apoteosis, ni hallar en ninguna parte una consagracion suficiente para legitimar su poder, ofrece su victoriosa mano á las monarquías antiguas, pidiéndoles en matrimonio la legitimidad. Se casa con una archiduquesa austriaca, y el día en que la conduce á su alcoba, enseña á los cortesanos un retrato de Luis XVI, colgado en la pared, profiriendo con la mayor negligencia estas palabras: «Luis XVI, mi tío,» como si hubiera querido señalar en sí al heredero legítimo de la monarquía antigua.

Pero fácilmente adivina que, á los ojos de las familias reales, su improvisada dinastía, nacida en el cráter de la Revolucion, no era sino una amenaza ó un insulto ó las demas testas coronadas, que solo consideraban en él á un advenedizo de la dignidad real.

Y siguió dudando mas que nunca.

XIV.

Probablemente tuvo el deseo, para hacer contribuir á su obra hasta á los tiempos que pasaron, de apoderarse de los siglos anteriores, y echarlos en los cimientos de su trono. Pero Dios mismo no tiene tal poder. Esto provocó en Napoleon un movimiento de despecho.

«Quiero ser el monarca mas antiguo de Europa,» dijo.